

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

### EL TESTIMONIO DE UN CARLISTA (\*)

Esta nueva edición de una obra que su autor había publicado con gran éxito en sucesivas ediciones, desde 1953 a 1969, aparece ahora presentada por su hijo, Javier de Lizarza Inda, con una simpática semblanza de su padre, que nos da buena idea del temperamento de ese gran navarro, nacido en 1891 y muerto en 1974, cuya intervención en la preparación del levantamiento de la Cruzada de 1936-1939 fue reconocidamente importante, y que podía por ello dejarnos un testimonio de singular autenticidad.

La obra consta de tres partes: la primera (págs. 17-98), sobre la contribución navarra al Alzamiento; la segunda (págs. 99-123), sobre el cautiverio del autor (desde el 17 de julio de 1936) en zona roja, y la tercera (págs. 125-162), sobre sus últimos años (desde 1938) de gozo y dolor en la patria recuperada: sigue, finalmente, una serie de «apéndices» (más un índice onomástico) de carácter documental, aunque ya algunos documentos se reproducen en la primera parte, como, por ejemplo, el acta del acuerdo (31.3.1934) firmado en Roma con Italo Balbo, como representante de Mussolini, y cuatro representantes, entre los que figuraba el autor, de los monárquicos españoles (págs. 30 y siguientes); este documento se conocía en forma menos auténtica por un borrador que indiscretamente había conservado otro de los firmantes españoles, pero pudo luego recuperarse del Archivo del Departamento de Estado de Washington, y se publicó por primera vez en estas «Memorias».

Por su contenido autobiográfico podría titularse esta obra «Memorias de un carlista», pero es cierto que la parte de mayor interés histórico es, precisamente, la primera, la de los años de preparación del Alzamiento en Navarra. En la segunda se nos narra una dolorosa experiencia, pero similar a la de otros cautivos, muchos de los cuales fueron asesinados; quizá la suerte de la final evasión, tras dieciocho meses de angustiosa aventura,

(\*) ANTONIO DE LIZARZA, *Memorias de la Conspiración (1931-1936)*, 5.ª edición (Dyrsa, Madrid, 1986), 180 págs. + 8 de láms.

es la que da mayor emoción a esta parte de las «Memorias». La última parte refleja un sentimiento, que fue muy general entre los carlistas, de gran decepción tras una victoria a la que tan generosamente habían contribuido: por el rumbo político del nuevo Estado, por el fracaso de las expectativas dinásticas y por la misma disgregación de la unidad de los correligionarios. Para un antiguo «jaimista» como él, esta desunión había de ser muy penosa. Pero también esta experiencia de la decepción carlista ha sido bastante común, y hasta se diría que fue una desgracia constante de la historia del Carlismo. No hay que olvidar, entre otras cosas, que los movimientos separatistas de España, aunque luego hayan sido aprovechados por ideologías totalmente opuestas, surgieron de la decepción de unos carlistas vencidos por los liberales en las guerras civiles del pasado siglo. Es interesante subrayar, a este respecto —lo que el autor, un vasco genuino, no deja de advertir—, cómo fue eminentemente vasco el impulso propiamente popular de la guerra del 36. Aunque por una incidencia de última hora los vascongados se unieran al bando enemigo, y de ahí el doloroso esfuerzo de Navarra por la reconquista de ese territorio, aquella guerra no dejó de estar animada por un talante humano claramente vasco; la misma Ribera navarra, que era republicana, acabó por identificarse con los vasco-carlistas del Norte, y la capital, Pamplona, renunció a su liberalismo para convertirse en el centro del Carlismo nacional. Yo mismo recuerdo con qué naturalidad un «gudari» hecho prisionero pudo incorporarse de buen grado a una unidad del Requeté, sin más trámites, y con la sola petición, que fue cumplida, de que no se le llevara contra los vascos.

No hay que olvidar, sin embargo, que este protagonismo vasco de Navarra fue uno de los dos polos del Alzamiento, y que el otro, sin el cual la guerra hubiera sido imposible, era el africano. Esta bipolaridad de la guerra del 36 da a su historia una mayor complejidad que la que puede resultar de una visión exclusivamente navarra, como necesariamente tenía que ser la del autor de estas «Memorias», y a ello se debe que el papel del General Franco en la «Conspiración» no figure en sus páginas. Ese otro polo del Alzamiento debe estudiarse, pues, sobre otros testimonios, pero no cabe disminuir su importancia, tanto menos por cuanto el jefe de ese polo africano iba a convertirse, por una suerte del destino, en el Generalísimo de la Guerra y Jefe del Estado Español. Por una suerte del destino a la vez que por sus condiciones especiales, pues, como ya preveía el más clarividente de los enemigos, Indalecio Prieto, Franco parecía el más

probable jefe de una posible sublevación contra la República establecida desde 1931. De hecho, el papel de Franco y, en cierto modo, la misma guerra había empezado ya en Asturias el año 1934.

Tras la lectura de este testimonio de quien había venido animando la formación para-militar de los carlistas, con el fin, en un primer momento, de poder resistir el esperado asalto de la revolución marxista, que parecía inevitable, pero luego para contribuir generosamente al Alzamiento militar con el mayor contingente popular de voluntarios, puede verse, una vez más, de qué manera tan contradictoria y paradójica pudo llegar a hacerse lo que resultó ser una indiscutible «Cruzada» religiosa.

Quizá lo más interesante de estas «Memorias» es todo lo relativo a la superación de una profunda divergencia entre unos jefes militares que, como es frecuente, eran liberales y, por sí solos, hubieran hecho un «pronunciamiento» más, y por otro lado, un sector popular de la tradición católica y monárquica anti-liberal, que hubiera tendido a hacer una nueva guerra carlista, pero sin el cual no hubiera sido posible la sublevación militar. Apesar de las divergencias, unos y otros se necesitaban recíprocamente.

Desde el punto de vista de ese pueblo carlista, y concretamente del que animaba a nuestro autor, debía ser jefe del Alzamiento el General Sanjurjo, quien, quizá por proceder de estirpe carlista, pero sobre todo por estar convencido de la imposibilidad de un nuevo levantamiento puramente militar, se llegó a adherir sinceramente a los ideales de ese pueblo, y esperaba, desde su destierro en Portugal, ser llamado para asumir el mando supremo. Fue precisamente el autor quien, desde Francia, llevaba a Sanjurjo el mensaje decisivo, cuando, por una complicidad de la policía francesa, el avión cumplió órdenes de aterrizar en Burgos, y allí fue aquél detenido por la policía de Madrid, dos días antes del Alzamiento en Navarra. En Navarra, en cambio, tenía el mando, en ese momento (destinado oficialmente allí en razón de su anti-carlismo), el General Mola, hombre republicano, profundamente liberal, también de estirpe, y que probablemente no llegó a tener nunca simpatía alguna por los ideales de la Tradición, pero que no podía prescindir del valioso contingente de los voluntarios navarros, que él pensaba distribuir como fermento de mayor patriotismo entre las unidades regulares del ejército a sus órdenes.

Las condiciones carlistas para unirse al Alzamiento eran mínimas, pero de un gran alcance futuro: bandera bicolor y no la

tricolor republicana, restauración católica y sustitución del régimen parlamentario de partidos por otro de tipo corporativo. En un segundo plano quedaba la elección de los futuros gobernantes, que los carlistas no querían que fuesen exclusivamente militares, y entre los que figuraba José Antonio Primo de Rivera, a pesar de toda la posible repugnancia carlista por el falangismo, cuya aportación inicial parece quedar algo desvaída en estas «Memorias», siendo así que, aunque mucho menor, no era despreciable, y precisamente en la misma Navarra (unos mil voluntarios, en el primer momento); no creo que se pueda aludir a ellos como «fascistas».

Mola se oponía brusca y tenazmente a estas condiciones mínimas del carlismo, y parece haber sido mérito de nuestro autor el haber encontrado una hábil fórmula para superar esa enojosa contradicción: «que Mola aceptase lo que ordenara Sanjurjo», pues se contaba con la adhesión de éste a los ideales carlistas. De este modo, Mola tuvo que aceptar, contra su propósito, la bandera no-republicana, y, de las otras condiciones, el que iba a encargarse, a su manera, fue Franco, pues Mola había de desaparecer poco después que Sanjurjo.

Resulta así sorprendente que unos jefes militares, e incluso religiosamente escépticos en algún caso, y con una masa de soldados regulares que no podían tener una mentalidad política muy distinta de la común en una nación sometida desde hacía un lustro a la perversión laicista, y luego con la ayuda militar de moros, fascistas y nazis, de todo esto viniera a resultar una verdadera «Cruzada», como la Iglesia no tardó en reconocer, y luego también los mismos militares. Que, en buena medida, este resultado se debiera, negativamente, al furor del fanatismo anticatólico del adversario, eso no puede ser puesto en duda, pero mucho menos todavía que el fermento positivo de esa Cruzada fue, precisamente, esa milicia carlista a cuya formación se venía dedicando, desde hacía varios años, este ejemplar navarro que ha sido don Antonio de Lizarza.

Un trozo entrañable de historia reciente el de estas «Memorias», un testimonio no total pero auténtico en su misma parcialidad, gracias al cual los historiadores podrán rectificar algunas inexactitudes que pueden haberse deslizado en otros libros, unas veces por la distancia de los hechos, otras, por mera simplificación de testimonios también directos. En fin, un libro emotivo y vibrante, que pone de manifiesto el temperamento abierto y fuerte de este leal carlista vasco-navarro.

ALVARO D'ORS.